

Fredo Arias de  
la Canal

**A**rturo Uslar Pietri en su libro *Giotto y compañía* —editado por la Fundación Eugenio Mendoza, de Venezuela—, joya de la crítica e historia del arte, contiene entre otros ensayos uno con el título de *La trágica condición del artista*, donde cita las observaciones del poeta francés Claudel:

“La vocación artística es excesivamente peligrosa y muy pocas gentes son capaces de resistirla. El arte se dirige a ciertas facultades del espíritu particularmente peligrosas: a la imaginación y a la sensibilidad que pueden fácilmente llegar a romper el equilibrio de una vida y a arrastrarla sin aplomo. Observad la existencia de la mayoría de los grandes escritores, de los grandes poetas. Casi todos presentan el espectáculo de un desequilibrio completo y de una vida a menudo fallida, esto es cierto aun de aquellos que han alcanzado cierto buen éxito temporal, aun de hombres como Chateaubriand o como Víctor Hugo. Cuando se observa su vida de cerca, se tiene la impresión de un profundo desequilibrio. Son muy diferentes de los sabios, por ejemplo, muchos de los cuales pueden ser llamados santos: un Pasteur, un Ampère, un Cauchy, o un hombre de acción como De Lesseps han tenido vidas completamente logradas, que ofrecen el espectáculo de una realización muy sana y, mal que bien, feliz a pesar de los obstáculos más o menos dolorosos con que han tropezado. Hay muy pocos escritores cuya vida no haya estado desviada. Pocos espectáculos son más tristes que la vida de un Baudelaire, de un Verlaine y hasta de un Racine que han tenido etapas sumamente negras. Corneille, por su parte, tuvo éxito, pero ¿es acaso seguro que Corneille sea un gran genio? Es posible dudarlo. Tampoco debemos olvidar a Villón, en fin, el martirologio de los escritores, de los artistas



## LA POESÍA COSMICA DE ANGEL CUADRA

es abundante. Debe existir una razón para esto y yo lo atribuyo a ese desarrollo morboso, digamos de la imaginación y de la sensibilidad que no es bueno para el equilibrio de un ser humano”.

Lo más impresionante de todo esto es lo que diga un hombre como Claudel que es antípoda de un poeta maldito y en quien la vida y la obra parecen haberse desarrollado en un perfecto equilibrio. Tan sólo él mismo puede saber a qué terrible precio de agónica lucha ha alcanzado esa apariencia de normalidad y de felicidad.

Ha habido, ciertamente, una larga y dolorosa familia de poetas malditos. Mal hallados con la sociedad, en rebelión perdida contra el mundo, entregados al alcohol, a la miseria y a los paraísos artificiales. La poesía misma es para ellos como otro alcohol, o como otro paraíso artificial. Abundaron entre los románticos y abundaron entre los decadentes de fines del siglo pasado. Eran los bohemios y los inconformistas. A ellos pertenecieron Byron, Shelley, Coleridge, Poe, Espronceda. Y los parnasianos y simbolistas: Moreas, Verlaine y Rimbaud. El “razonado desarreglo de todos los sentidos” que proclamaba Rimbaud y aquella invitación a cultivarse verrugas en el rostro son como el credo extremo de esa condición poética. En ella entran también Rubén Darío y nuestro Pérez Bonalde. Si uno observa la vida tormentosa de un Lope de Vega, hallará también confirmados aquellos estigmas de desequilibrio que señala Claudel. La vida de Lope carece de sosiego, por lo que parece una imposibilidad de lograr el equilibrio interior. Vive entre arrepentimientos incompletos y ambiciones pueriles. Va y viene del amor pecaminoso al ansia mística. En Cervantes es también visible el desajuste con la vida. Es un hombre de doble o de triple vida simultánea. La sensibilidad y la imaginación, que le permiten crear un mundo, parecen impedirle la adaptación adecuada al mundo que ha recibido. Su peregrinación está llena de trabajos.

La poesía cósmica que antologamos aquí pertenece a un poeta que, como Cervantes, conoció la cárcel; como Espronceda conoció el exilio y como Martí conoció la posesión a que lo sujetaban los signos, las señales, los arquetipos. Recordemos las confesiones del Apóstol en este fragmento de *Mi poesía*:

Mas de pronto una **lumbre** silenciosa  
brilla; las **pedras** todas palidecen,  
como **muertas**, las flores caen en tierra  
lúvidas, sin colores: **¡es que bajaba  
de ver nacer los astros mi poesía!**  
Como una cesta de caretas **rotas**  
eché a un lado mis versos. Digo al pueblo  
que **me tiene oprimido mi poesía:**  
**yo en todo la obedezco;** apenas siento  
por cierta voz del aire que conozco  
su próxima llegada, pongo en fiesta  
cráneo y pecho; levántanse en la mente,  
alados, los **corceles;** por las venas  
la **sangre ardiente** al paso se dispone.

Observemos *La señales y los sueños* (1988) de Cuadra:

Quiero sentir el **universo** apenas  
iniciado en tus **ojos...**  
y definir las cosas nuevamente.

El tiempo era el espacio  
y, en un **viento** de anuncios,  
cruzaban las **señales** y los **sueños**.

No puedo decir más,  
no puedo descifrar los **signos** que explicaban  
la función asumida como encargo  
que de nadie venía, que nada era,  
pero que en todo daban las **señales** y los  
/sueños  
precisos como árboles.

Y eres tú hermosa en mí cuando te he escrito  
la estrofa que me dictan **señales como voces**.

Hasta finales del siglo XX, las confesiones de poetas como Martí, Ibarbourou o Cuadra fueron incomprensibles por la inteligencia. Mas el siglo XXI se inicia con el conocimiento de las leyes de la creatividad poética que informan del proto-idioma que

sólo hablan los poetas, sean estos escritores, pintores o escultores.

Hoy sabemos también gracias a Freud y a Bergler, por qué las adaptaciones infantiles al rechazo y a la idea de morir —debidas a traumas orales— hacen de los poetas candidatos a la prisión, al exilio y al suicidio.

¿Mas qué sería del mundo occidental, si no hubiera existido el reino de los poetas en Italia? ¿Podemos concebir la miseria espiritual en que vivimos durante un milenio medieval, sin Giotto, Dantes, Petrarca, Miguelángelo, Leonardos, Rafael y Tiziano que revivieron y sublimaron nuestro pasado greco-romano?

Las sociedades (no los Estados) que no protegen a esos seres indefensos y traumatizados que sólo viven para la imaginación y la belleza —y sin los cuales la humanidad no tendría un objetivo existencial digno de la inteligencia y la cultura— no comprenden que lo único que diferencia al hombre del animal es el poder creador de los poetas y la reflexión racional de los filósofos.

Platón en *Apología*, señaló que los poetas concebían imágenes inexplicables:

Entonces comprendí que no por sabiduría escriben los poetas, poesía, sino por una especie de genio e inspiración; ellos son como los adivinos y profetas quienes, además, dicen muchas cosas **excelentes** que ellos mismos no entienden.

En *Fedón*, habló del fenómeno del recuerdo y lo relacionó con la transmigración:

Añadió Cebes: Si fuera verdadera tu doctrina, Sócrates, de que el **conocimiento es simplemente recuerdo**, necesariamente supone una época previa en la que aprendimos aquello que ahora recordamos. Mas esto sería imposible a menos de que nuestra alma hubiera estado en otra parte antes de existir en la forma de un hombre. He aquí otra prueba de la existencia de la inmortalidad del alma.

Es precisamente debido a las señales o arquetipos que conciben los poetas que se demuestra la

existencia del inconsciente colectivo [alma universal] o sea, la eternidad de la mente de que nos habla Benito Espinoza (1632-77) en el V capítulo de su *Ética* que tituló *Sobre el poder del intelecto, o sobre la libertad humana*:

Aunque no recordemos que existimos antes del cuerpo, sentimos que nuestra mente —habida cuenta que abarca la esencia del cuerpo bajo la forma de eternidad— es eterna, y que esta existencia de la mente no puede ser limitada por el tiempo ni manifestada por la duración.

Angel Cuadra en su libro *La señales y los sueños* (Gráficos de Teruel, España, 1988) además de su valor cósmico exhibe inquietudes filosóficas. En los siguientes fragmentos reconoce el fenómeno de la concepción poética que consigné en las leyes de la creatividad estética:

Había que apresar aquel momento  
venido del **oráculo**,  
aquel turno anunciado antes del alba.  
[1, XII]

Hay como **pedras** enormes entre el camino y tú.  
He ido pasando páginas de un diario sin fechas;  
pero el **viento mueve páginas aún por**  
/escribir  
no sé en qué tiempo, **al que me convocan**  
**unas manos más altas** que este asunto,  
que prolongan el **fuego** más allá de la última  
/llama.

(...)

Vuelvo desde caminos de dolor, he andado:  
y he comprendido todo.  
Si alguna vez seguí, fuera de ti, otra imagen,  
sólo estaba buscándote a ti lejos de ti.  
Sólo en ti ha sido, como el poema, la plenitud.  
Y eras tú hermosa en mí cuando te he **escrito**

**la estrofa que me dictan señales como voces.**  
[3, XXIV (5)]

No podría explicarme, sino como el poema:  
una misión así sumida  
de ir persiguiendo aquella **imagen súbita**  
**que se revela**, mundos adentro, en uno  
y que, por la **palabra**, se hace objeto.  
Cuando vino tu nombre sobre la imagen previa,  
eras tú la palabra,  
la carne misma del poema,  
el verso.

(...)

No puedo decir más,  
**no puedo descifrar los signos** que explicaban  
la función asumida como encargo  
que de nadie venía, que nada era,  
pero que en todo daban las **señales y los**  
/sueños  
precisos como árboles.  
[3, XXXIV (2)]

Aunque Cuadra reconoce ignorar el significado de las señales y los sueños, intuye que pertenecen a un idioma:

Claro que es imposible andar la vida a la inversa.  
Pero hubiera hecho falta  
haber vivido nuestra historia al revés.

Y llegar, despojados de todo  
pero con su **memoria**,  
al encuentro.

No hubiera habido entonces ni una interrogación.  
Hubiéramos **entendido**  
**el idioma total de las señales.**  
[3, XXXI]

México, 1999

